

14ª semana del tiempo ordinario. Miércoles: Mt 10, 1-7

Jesús había escogido a sus doce apóstoles entre bastantes discípulos que le seguían continuamente. Ahora les va a dar una misión especial. Por eso les llama, como formando un grupo específico, que, al mismo tiempo que tendrían una mayor responsabilidad, también iban a tener unos poderes especiales para arrojar el mal y consolidar el bien. Este grupo es de **doce**. Los evangelistas lo expresan con mucho énfasis por algo que para ellos tenía mucha importancia. Jesús y los que estaban con él se habían formado en el pueblo elegido por Dios para ser instrumento de salvación. Para ello externamente estaban divididos en doce tribus. Por eso este número doce era algo sagrado. Jesús respetaba siempre las cosas buenas de su pueblo.

Ahora iba a formar otro “pueblo de Dios”, que se iba a componer de todas las razas. Al señalar a los primeros que iban a tener la responsabilidad de ir por el mundo a predicar la palabra de Dios, pensó en el mismo número de doce. Ahora iban a comenzar una especie de ensayo de predicación. No irían con sus propias fuerzas, sino que recibieron un poder para arrojar espíritus inmundos y sanar enfermedades.

“Espíritus inmundos” era una expresión para significar demonios. Estos eran expresión de muchos males materiales, pero sobre todo de los males espirituales. Podíamos decir que demonios se podían llamar a las ideologías materiales que se oponían al espíritu del Evangelio. Demonios se podían llamar a las mentalidades que inducen a la violencia y el egoísmo. En nuestro siglo hay nuevos demonios que nos inducen hacia el vicio y el mal. A veces hay que buscarlos para poderles vencer.

El evangelio nombra a los doce apóstoles. Es la única vez en Mateo que se les llama apóstoles, ya que otras veces se les llama discípulos o simplemente: los Doce. Ahora se les llama apóstoles porque Jesús les está enviando, dando una misión. Esto es lo que significa apóstol: el enviado. Dios, al darnos una misión, lo hace de una manera personalizada. Dios nos llama por nuestro nombre, a cada uno en particular, además de hacer llamadas en común. En la lista, como en otros evangelistas, pone en primer lugar a Pedro. Le llama con su nombre familiar de Simón, al que añade el nombre de Pedro, que es el que Jesús le puso para ser piedra fundamental en la Iglesia. Le siguen su hermano y otros dos hermanos, entre los más amigos de Jesús. El último, como en todas las listas es Judas, el traidor. Hay algo curioso: Los otros evangelistas ponen a Mateo delante de Tomás. Él mismo, quizá por humildad, se pone detrás de Tomás, y no rehúye nombrar su antiguo oficio, mal visto entre los judíos.

Va a comenzar en el evangelio una serie larga de recomendaciones para una buena predicación. Hoy nos trae las dos primeras. En primer lugar les dice que su misión tiene unos límites restringidos. No deben salir de Israel. Ya llegará un día en que les mande ir por todo el mundo. Quizá en ese momento no entendían que el mensaje de Jesús comprendía un carácter universal. También les costó mucho a algunos de la primitiva comunidad cristiana comprender que el Evangelio era para todo el mundo. Les dice que se dediquen sobre todo a las “ovejas perdidas” de Israel. Desgraciadamente Jesús constataba que los maestros de la Ley dedicaban sus enseñanzas a ciertos grupos más preparados o adinerados, quedando la gente sencilla “como ovejas sin pastor”.

Y les recomendó que predicasen que se acercaba el Reino de Dios. Era lo que desde el principio proclamaba el mismo Jesús. Un reino de Dios que era muy diferente de lo que pensaban muchos israelitas que añoraban el reino de David pensando en las espadas y armas. El Reino anunciado por Jesús, y que debían predicar los apóstoles, debía ser un reino de paz, de justicia y sobre todo de amor. Los apóstoles formaban una unidad, el “colegio apostólico”. Hoy también lo forman sus sucesores que son el Papa con los obispos. Ellos forman un grupo misionero, pues toda la Iglesia, y nosotros en ella, es misionera, procedente de la Misión de Jesucristo.